

DON JUAN DE LA TIERRA.



ROMANCE EN QUE SE DA CUENTA Y DECLARAN LOS HECHOS,
*arrestós y valentías de éste héroe, natural de la villa de Illescas. Dáse
 cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey. Con
 todo lo demas que verá el curioso lector.*

PRIMERA PARTE.

Corónense de laureles
 todos los guapos de España,
 al oír de un castellano
 triunfos, victorias y palmas,
 y los hombres mas valientes
 humildes le rindan parias
 á este héroe, á este tremendo
 segundo Marte en las armas.
 Nació en la villa de Illescas

el gran don Juan de la Tierra,
 dando aumentos á la fama
 el gran don Juan de la Tierra,
 de esclarecida prosapia,
 aunque un mediano caudal
 á su padre le acompaña.
 Diéronle estudios y fué
 un Séneca en la elegancia
 y en manejar el acero

escedía á otro Carranza;
 aquí se cumple el refran,
 hombre pobre todo es trazas.
 Sabiendo estas facultades,
 á rienda suelta se andaba,
 riñendo algunas pependencias
 en defensa de las damas.
 Cumplidos los veinte años,
 edad florida y gallarda
 de sus juveniles dias
 y maduréz de su infancia,
 en el golfo de sus gustos,
 eterno consideraba
 á su padre, mas frustróse
 toda su vana esperanza;
 se transformaron sus gozos
 con el anhelo y la carga
 de su madre, y los cuidados
 de su padre le quedaban.
 Mas como la juventud
 en nada pone eficacia,
 arrestado dió la muerte
 á un mancebo de su patria.
 Ausentóse y fué á la Côte,
 tomó de soldado plaza
 en una bandera que
 para Nápoles marchaba,
 y con capa de soldado
 vivia muy á sus anchas.
 Salióse una oscura noche
 á buscar á cierta maja,
 y al pasar por una calle,
 oyó que hablaba una dama,
 porque el éco de la voz
 femenina se mostraba.
 Paróse é hizo el reparo
 que á un caballero le hablaba
 diciendo póngase en fuga,
 mire que si no le matan;
 á cuyo tiempo llegaron
 ocho hombres con espadas,
 Juan de la Tierra que vió

aquella alevosa infamia,
 al lado del caballero
 se puso con arrogancia.
 Portóse con tal vigor,
 que los cuatro en la estacada
 fueron á dar residencia
 á las celestes moradas,
 y los otros hacen fuga,
 que como el viento volaban.
 El caballero le dice;
 ¿Quién eres? cómo te llamas?
 Juan de la Tierra es mi nombre,
 Illescas mi amada pátria.
 Asi le hablaba don Juan
 á la Magestad cesárea
 del rey don Felipe cuarto,
 el que al proviso le manda
 tomase algunos doblones,
 y tambien la real albaja
 de un anillo de diamantes,
 y que á palacio se vaya
 luego que amanezca el dia,
 que será la mejor paga,
 que él era el mayordomo
 del rey, y mire le encarga,
 que no se olvide de ir;
 adios porque viene el alba.
 Don Juan colocó su anillo
 en una bolsa y lo guarda
 con cuidado dentro el pecho:
 (¡oh, lo que el discurso alcanza!)
 En tanto que hubo dineros
 tuvo muchos camaradas.
 Llegó el dia de partida,
 á Nápoles fue la marcha,
 llegaron á la ciudad,
 adonde el resto gastaba;
 viendo no tenia un cuarto
 y que el hambre le apretaba,
 acordóse de su anillo.
 A un platero se llegaba
 á ver si comprar queria

aquella fina tumbaga.
 El platero que la vió,
 le responde estas palabras:
 Señor príncipe, ¿qué es esto?
 este anillo lo declara
 que sois persona real;
 su Alteza no niegue nada.
 Don Juan reparóse y dijo:
 Soy hijo del rey de España,
 el grande Felipe cuarto:
 por defender á una dama,
 le dí la muerte sangrienta
 á un hijo del Duque de Alba,
 y temiendo de mi padre
 el castigo que me aguarda,
 hasta verlo mas templado
 es fuerza que ausencia haga.
 De la Côte me salí
 sin que nadie sepa nada,
 y así si tú determinas
 el que se vea ensalzada
 tu casa, haciéndote noble,
 sobre esta real alhaja,
 para mi adorno y decencia
 dame monedas y galas,
 que si te portas conmigo,
 luego que pase á España
 prometo te ampararé,
 juro por mi real palabra.
 El platero le responde;
 en esta ciudad se halla
 un amigo mio, que
 grande hacienda le acompaña;
 á este dicho le hablaré
 en lo que su alteza manda.
 Mucho puede el interes,
 su imperio todo lo arrastra.
 El maestro de platero,
 se partió con vigilancia
 á casa de su amigo;
 cuenta de todo le daba,
 como en su casa tenía

á un gran príncipe de España,
 que era dueño de la prenda,
 que dice su forma y traza.
 Movido de la codicia,
 le pusieron una casa
 adornada con primor,
 le remiten dos criadas
 dos criados y carroza
 compuesta y aderezada.
 El les encarga el secreto,
 y es porque así le importaba.
 Se cruzaban los doblones,
 los diamantes y las galas.
 Sepámos que el mercader
 tiene por hija una dama
 hermosa á las maravillas,
 que es de todos envidiada.
 Llegó el dia de San Juan,
 en que previno en su casa
 diversidad de manjares
 para la funcion que aguarda.
 Fué á ver al príncipe, y dióle
 las vísperas celebradas
 de su santo, y le suplica
 que pase á honrarle su casa
 con su persona real,
 que humilde se lo rogaba.
 Amaneció el dia alegre,
 poner la carroza manda,
 y adornóse lo posible
 desde el cabello á la planta.
 Triunfante se paseó
 hasta llegar á la casa
 del mercader, y apeóse,
 alegres lo saludaban.
 El mercader á su hija
 la ha encerrado en una sala:
 obedecióle á su padre:
 mucho puede la crianza,
 pero mas puede el amor,
 que son muy grandes sus trazas.
 Pusieron en fin las mesas

con agradables viandas.
 A este tiempo la doncella,
 que se miraba encerrada,
 por el ojo de la llave
 al príncipe divisaba,
 y de su arte y su brio
 fué mariposa abrasada.
 Abajóse, y por la puerta
 una gatera se hallaba;
 con disimulo sacó
 una hermosa mano blanca,
 empezando á decifrar
 por letras sus esperanzas.
 Hizo Don Juan el reparo,
 que se hallaba cara á cara,
 fingiendo estar desmayado,
 ó que accidente le daba:
 todos se desatinaron,
 teniéndolo por desgracia.
 Volvió de aquel accidente
 donde en el lecho descansa;
 suspiros escala al viento,
 el uno al otro se alcanzan.
 Don Juan á su casa vino
 discurriendo forma y traza
 para probar la pechuga

del áve napolitana.
 El platero se valió
 diciéndole estas palabras:
 cien doblones te daré
 si me llevas esta carta
 á casa de tu compadre,
 y la entregas á una dama,
 á una deidad, no la he visto,
 solo si su mano blanca;
 yo muero y no sé por quién,
 esta confusion me acaba,
 esta esperanza me alienta,
 este enigma me contrasta.
 ¿Has visto por dicha ó suerte,
 esta que me roba el alma?
 El platero le responde:
 es una hermosa muchacha,
 hija del compadre mio;
 yo le llevaré la carta.
 Dejemos en este estado
 la relacion en sumaria,
 que Pedro Salvador dice,
 quedará finalizada
 del gran don Juan de la Tierra
 la historia tan celebrada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

El mercader á su hija
 la ha encerrado en una sala;
 obedeció á su padre;
 mucho puede la crianza,
 pero mas puede el amor,
 que son muy grandes sus trazas.
 Pusieron en fin las mesas

como en su casa tenia
 cuenta de todo le daba,
 á casa de su amigo;
 se partió con vigilancia
 El maestro de platero,
 su imperio todo lo arastara.
 Mucho puede el interés,
 en lo que su altex manda.
 á este dicho le mandó
 grande hacienda le acompañara.
 un amigo mio, que
 en esta ciudad se halla
 El platero le responde;
 pero por mi real palabra
 prometo te embarraré,
 luego que pase á España
 que si te portas conmigo,



DON JUAN DE LA TIERRA.

SEGUNDA PARTE.

Tomó la pluma don Juan, y de esta suerte notaba: «Desde el instante que vi esa hermosa mano blanca quedé confuso, señora, tan rendido y tan sin alma, que aunque vivo no estoy vivo porque no vivo en tu gracia, por lo cual yo te suplico, si merezco dicha tanta de ver esos dos luceros, ó esa gracia estremada; tendrás por esclavo á un hombre

que es gran príncipe de España, y al recibir el favor, te daré el premio y la paga de mi real mano y serás la infanta mas celebrada, y en tu escudo pondrás Castillo y Leon por armas. Guárdete el Cielo, Señora, y cumple mis esperanzas.» El portador se partió, dió en mano propia la carta, rompió la neta y leyó, y la respuesta notada

de la dama en esta forma formalizó sin tardanza.

«El referir á su alteza soy mariposa abrazada, por vida vuestra, que es la verdad verificada.

La puerta de mi jardín tendreis esta noche franca; el portador guiará, porque no ignora la entrada.»

Recibió el tal contenido, fue generosa la paga; y aquella prócsima noche de ropa corta se arma, con su calada montera y con su capa de grana, también su par de pistolas, para su defensa guarda. Tocó del relox las once, y á la diligencia marcha.

Entró don Juan, y quedó el otro de retaguardia.

Pasados los cumplimientos que entre los amantes pasan, disfrutó tiernas caricias en alfombras de esmeraldas.

Pasados ya los seis meses, cuenta á su amante le daba, suplicándole amorosa

que se vinieran á España que se considera en cinta y se siente embarazada.

El la respondió diciendo que algo atrasado se halla, que á su padre le robase para el viaje que aguarda.

A su padre le quitó cantidad de oro y plata, y disponiendo el viage.

que el dinero mucho alcanza, una tenebrosa noche, hasta la playa romana

un bergantin les condujo, á donde hizieron parada; hasta que yendo en camino, muy claramente le habla, diciendo que es labrador, y no príncipe de España, que el real anillo que vió, se lo dieron y esto basta.

En fin, se la trajo á Illescas, á donde se desposaban, y con el caudal compraron gran número de labranza.

Dejemos á los amantes con gran reposo en su casa.

Viendo pues el mercader, que la hija le faltaba

y el príncipe no parece, previno pasar á España.

En breve tiempo en la Côte estuvo, y haciendo árduas

diligencias con secreto, á todos les preguntaba

por el príncipe don Juan, hijo del cuarto monarca.

Le dicen pase á palacio, que allí darán esperanzas.

Entró en fin, y preguntando por la Magestad cesárea, le dan el pase y subió.

Hizo las acostumbradas cortesias que se deben, diciéndole estas palabras:

de Nápoles he venido solo á besar vuestras plantas,

y á suplicaros, Señor, el que justicia se haga

con quien me robó mi hija, y se la ha traído á España.

A Nápoles fué, Señor, un hombre que se llamaba

Juan de la Tierra, y me dió aquesta real alhaja,

y dijo que era hijo vuestro,
 y en la dicha confianza,
 para su adorno y decencia
 le di monedas y galas,
 No siento, Señor, la hacienda:
 solo siento mi hija amada.
 El gran Felipe acordóse
 de aquella noche pasada,
 cuando al soldado le dió
 el anillo, y se separa
 diciéndole, que volviese
 al cabo de dos semanas.
 El gran rey mandó llamar
 á un capitan de sus guardias,
 diciendo pasase á Illescas,
 y diligencias se hagan
 de un tal don Juan de la Tierra,
 y que á palacio lo traigan.
 Fué el capitan, y lo halló,
 vino con su esposa amada.
 Ante el rey los dos pusieron
 á lo que dispone, y manda
 que todos se retirasen;
 con el soldado quedaba.
 Juróle por su corona,
 si la verdad no declara,
 que tiene de castigarlo;
 que quién le dió aquella alhaja
 de aquel anillo real?
 A lo que don Juan le habla,
 diciéndole: paseando
 una cierta noche anaba
 por la Côte cuando oí
 una voz muy delicada
 de una dama que decia
 huya, huya; que lo matan.
 Vide á cierto caballero
 hecho un Marte en la campaña,
 que de ocho se defendía
 con española arrogancia.
 A su lado me planté,
 arranqué, señor, la espada,

quitándole algunas puntas,
 porque grandes estocadas
 le tiraban los traidores:
 mas fue mi fortuna tanta,
 que al caballero ni á mi
 se nos agravíase nada;
 y agradecido, señor,
 el referido me daba
 unos doblones y dióme
 ese anillo que se enlaza
 en vestra mano real.
 Me dijo á palacio vaya,
 que él era el mayordomo,
 y mire no haya falta.
 Nunca me acordé de ir;
 seguí á Nápoles la marcha,
 señor en mi regimiento,
 donde he hallado dicha tanta,
 que con decir yo que era
 hijo vuestro (heróica hazaña)
 y que tambien di la muerte
 á un hijo del Duque de Alba,
 engañando á un mercader,
 saquéle su hija amada.
 Paséme á España, señor,
 con hacienda muy sobrada,
 recibí del matrimonio
 las ceremonias sagradas.
 Aquí teneis mi cabeza,
 y la verdad declarada.
 Maravillado quedó
 el rey viendo la sumaria
 del término de su vida,
 y al mayordomo le manda
 que lo mantenga en palacio,
 Así estuvo dos semanas
 hasta que el napolitano
 la vuelta á palacio daba.
 El rey le mandó que aguarde
 hasta segunda ordenanza.
 Mandó subiese don Juan
 y venga su esposa, y traigan

una gala de la reina para que fuese adornada. Al soldado puso el rey Toison y llave dorada, y un baston de general, y que se sentasen mandada. Cubrió con unas cortinas de tela muy realzada sus personas y dispuso que al napolitano traigan. El rey dice: ea, amigo, ya el pájaro está en la jáula; ya está preso el agresor, la sentencia ha de ser dada entre los dos; qué os parece? ¿ha de ser hoy ó mañana? Respondió el napolitano: si á mi gusto ha de ser dada, como parezca mi hija, que no se le agravie en nada. ¿Qué, á tu enemigo perdonas? Si, Señor, porque me agrada aquel arte y compostura, y disposicion gallarda. Corrió el rey las dos cortinas, y de esta suerte le habla: aquí está el grande don Juan,

mira aquí tu hija amada Levanta, gallardo jóven, tres veces grande de España, caballero del Toison, señor de llave dorada, fiel defensor de la vida del gran rey de las Españas. Levanta, señor de Illescas y de todas sus comarcas. Ea, buen napolitano, ya la sentencia está dada, idos en paz, y de Himenéo goceis delicias sobradas. Besaron al rey la mano por mercedes tan colmadas. Los títulos le entregaron en que hoy autorizada se vé la casa del dicho en Illescas la nombrada. Gozoso el napolitano se ausentó para su pátria, á vender toda su hacienda, y luego venirse á España. Y Pedro Salvador pide al áuditorio las faltas perdone, si es que las hay en la historia declarada.

FIN.

CARMONA.=1859.

Imprenta de D. José M. Moreno, calle Juan de la Cabra.